

rante cinco años. Una sedición en la Galia lo llamó á este país. Se ignora lo que hizo allí.

Se trata de una victoria de Probo sobre los francos, hacia las bocas del Rin, y de otra sobre los alamanos, cerca de Vindonisa (Windisch) obtenida por Constancio Cloro, el día mismo en que había nacido su hijo Constantino. Tradiciones posteriores le atribuyen la reconstrucción de Dijon y la de *Genabum* (Orleans) que hubo de tomar su nombre, *civitas Aurelianorum*. Eran dos importantes posiciones para el comercio y la guerra: en Orleans, centro geográfico de la Galia, terminaban las principales vías militares del país, y Dijon era la grande etapa entre el valle del Ródano y el del Sena. Frejus y la provincia vienesa le debieron acaso algún favor también: unas inscripciones encontradas allí celebran «al restaurador del universo.»

Aureliano visitó sin duda las orillas del Rin, teatro de sus primeras victorias, y después las del alto Danubio, porque se le encuentra muy luego en la Vindelicia y la Iliria. Quería cerciorarse del estado de aquella frontera antes tan perturbada, y donde era bueno mostrar de vez en cuando la pompa imperial, sobre todo cuando la ostentaba un soldado victorioso. Aureliano se proponía hacer más y aun ir hasta Tesifonte á vengar en los aliados de Cenobia los agravios del imperio. Pero antes de llegar á Bizancio, lo detuvo una conspiración.

Los autores eclesiásticos pretenden que la justicia divina previno sus malos designios contra la Iglesia (1). Su conducta en el célebre asunto de Pablo de Samosata y la paz de que gozaron los cristianos en su tiempo alejan la idea de que pensara en una persecución; ni para explicar su fin hay necesidad de recurrir al medio con que en todos tiempos se han explicado las catástrofes repentinas. A ejemplo de Septimio Severo, á quien hubo de tomar por modelo, según parece, mantenía la disciplina así en el ejército como en la administración; vigilaba á los agentes imperiales en las provincias y castigaba rigurosamente á los concusionarios, hasta el extremo de crucificarlos. Habiendo sorprendido en falta á uno de sus secretarios, el liberto Nesteo, hubo de amenazarle con severo castigo. El liberto sabía muy bien que el emperador no hablaba nunca al aire, y formando un plan diabólico, falsificó la letra del príncipe y escribió una lista de personas que no entraban en la gracia de Aureliano, se incluyó á sí mismo en esta lista de sospechosos para que se le diera más crédito y se la comunicó á los inscritos, como una orden de muerte que hubiera sorprendido. Para prevenir el suplicio, á que se creían condenados, los hombres de la lista cortaron por lo sano sin pérdida de tiempo y asesinaron al emperador en enero ó marzo de 275. Tenía Aureliano á la sazón sesenta y un años y había reinado cinco.

Hubo en aquel reinado una sedición de carácter particular. Hemos visto cuán alterada estaba en aquel tiempo la moneda de oro y plata. El jefe de la fabricación monetaria de Roma, Felicísimo, había querido entrar en participación de la ganancia que los príncipes creían hacer por medio de esta condenable operación; y como se le daba poco metal precioso para la moneda que había de hacerse, ponía él menos todavía, asociando sin duda al sucio negocio, por una parte del lucro, á los encargados de la fabricación. De otra manera no se comprendería cómo estalló una sedición, cuando Aureliano quiso hacer cesar el abuso.

(1) Eusebio, *Hist. eccl.*, VII, 30, y Zonar. XII, 27. En el libro VIII, cap. IV, dice Eusebio que desde Decio y Valeriano hasta los últimos años de Diocleciano, estuvo durmiendo el demonio, y Sulpicio Severo, que vivió en la Galia, no conocía la gran persecución que se pone en el reinado de Aureliano.

La sedición fué espantable: los industriales interesados en el comercio de los metales preciosos, los plateros, los capitalistas, los banqueros, todos los que manejaban dinero, amenazados de reformas que perturbaban aparentemente las condiciones del mercado, hicieron causa común con los monetarios, y el pueblo, como siempre, se mezcló en la contienda por odio á los guardias de policía. Con esto se dió una verdadera batalla en Roma, en el monte Celio, habiendo perecido en ella hasta siete mil soldados, lo que supone una gran carnicería de rebeldes.

Conocemos muy mal este acontecimiento (2). ¿Se mezcló en él el senado? Acaso, porque los antiguos mencionan la ejecución de muchos de sus miembros, sin decirnos los motivos, y perdió entonces el derecho, que ejercía desde Augusto, de fabricar la moneda de bronce. A lo menos no se encuentra ya, después de Aureliano, con las iniciales S. C.; prueba de que los talleres senatoriales se refundieron en los del príncipe, á contar desde aquel año de 274 (3).

El biógrafo de Aureliano añade que el emperador hizo fabricar entonces de la mejor moneda, retirando de la circulación toda la falsa. Aureliano no tuvo tiempo de llevar á buen término esta doble operación, que vino á ser una de las preocupaciones de sus sucesores, pero que no se acabó hasta Diocleciano y Constantino.

Estas medidas prueban la resolución de Aureliano de poner orden en todo. El mismo espíritu de gobierno se encuentra en otros actos de este príncipe. Hizo quemar en el foro de Trajano, como Adriano lo había hecho ya, los registros de las cuentas relativas á los deudores del Estado; malos créditos, en su mayor parte incobrables, pero que hacían pesar sobre gran número de particulares el temor perpetuo de una ejecución judicial. También fueron abolidas las delaciones por infracción de las leyes fiscales. Los *quadruplicatores* ó delatores por la cuarta parte, siempre tan numerosos en Roma, no desaparecieron de una vez, pero su abominable industria dejó de ser un incentivo tentador. No es verosímil que por llenar su tesoro, el autor de estas medidas hubiera hecho morir á senadores sólo culpables de ser ricos.

Con todo eso, se acusa á Aureliano de crueldad y en el siglo IV pesaba ya este cargo en su memoria. A buen seguro, no era benigno este príncipe; pero aquellos tiempos no comportaban la benignidad; y en el príncipe encargado del sosiego y orden del imperio, la indulgencia para con los culpables es una traición para con los inocentes. Para justificar la inculpación que se le hace, sería preciso conocer los nombres y el número de sus víctimas, y los motivos ó pretextos de su condenación; porque en el curso de esta historia hemos aprendido con más de un ejemplo cuán poco queda en limpio de esas vagas acusaciones, vagas y aun contradictorias á menudo si se examinan de cerca. Vopisco, que había conversado con muchos contemporáneos del emperador cuya vida escribía, no se atreve á afirmar nada de eso. «Se dice, escribe este historiador, que para desembarazarse de muchos senadores, hubo de imputarles proyectos de sublevación;» pero, según Juan de Antioquía y Suidas, fueron condenados nobles personajes, por revelaciones de Cenobia; lo que hace creer que durante la guerra de Oriente se habían formado en Roma conspira-

(2) La carta de Aureliano al pueblo romano, después de la derrota de Firmo, hace creer que el senado, los caballeros, el pueblo y los pretorianos no vivían en buena inteligencia, puesto que el emperador les recomienda á todos la concordia.

(3) Los triunviros monetarios desaparecieron al mismo tiempo: el último conocido con una fecha cierta fué cónsul en 225 (Wil-manns, 1211).

ciones, como se formaron en tiempo de Severo, durante la guerra de la Galia (1).

Un hecho justificará nuestras vacilaciones. Es cierto que en el seno de la familia imperial ocurrió una catástrofe de que fué víctima uno de sus miembros. ¿Cuál de ellos? Según unos, la sobrina, según otros, el sobrino del príncipe, y muchos sostienen que perecieron los dos. Según otra versión, la condenada á morir hubo de ser la nuera de Aureliano (2). Si esta última versión es la verdadera, preciso es concluir que, con esta ejecución, quiso Aureliano borrar alguna mancha inferida al honor de su casa. De todos modos fué una tragedia doméstica, cuyos motivos debieron ser muy graves, no siendo Aureliano uno de aquellos locos que ensangrentaban sus penates por infundados antojos.

Tito no es para nosotros el ideal del príncipe: así no reprocharemos á Aureliano haber castigado á los prevaricadores, como á los cómplices de Felicísimo, ó á los fautores de revoluciones, como á los que sin duda habían urdido intrigas con la reina de Palmira. Siempre, por nuestra parte, aprobaremos que entregara á la justicia ordinaria sus esclavos y libertos, cuando éstos eran culpables, porque la servidumbre imperial necesitaba estar severamente reprimida para que no abusara de los numerosos medios de

perjudicar que tenía á la mano, y nos atendremos al juicio del emperador Juliano, que no era sin embargo favorable á un príncipe, cuya gloria eclipsaba la de Claudio, jefe de su casa. En los *Césares*, cuando Aureliano aparece ante el olímpico areópago para ser juzgado, toma el Sol su defensa y dice á los dioses: «El acusado está en paz con la Justicia, ó habéis olvidado mi oráculo de Delfos:

Que siempre cada cual sufra los daños que haya hecho sufrir.»

Este juicio parece todavía demasiado severo, porque al lado del riguroso derecho puso á menudo Aureliano la clemencia. Bien lo vimos conceder perdón completo á los habitantes de Antioquía y á los palmirenses, después del primer sitio, y reprimir la matanza después del segundo; y en Alejandría, dejar salir del *Bruchion* buena parte de los que estaban allí sitiados, bien que esto permitiera prolongar la resistencia. Su conducta con Tétrico, Cenobia y Antíoco contrasta con la de sus predecesores, y todavía se alejó más de las fieras costumbres romanas dando una amnistía por delitos políticos (3). Era acabar dignamente la restauración del imperio borrar las huellas de veinte años de guerras civiles, en las cuales había habido esta vez más desgraciados que criminales.

CAPITULO XCVIII

TÁCITO, PROBO Y CARO (275-284)

I.—TENTATIVA DE UNA RESTAURACIÓN SENATORIAL.— TÁCITO Y FLORIANO (25 setiembre 275.—Julio 276)

La muerte de Aureliano tuvo extrañas consecuencias: por espacio de seis meses permaneció sin jefe el imperio. Había restablecido el orden con mano tan vigorosa, que todo continuó su curso, como si hubiera estado vivo: el magistrado siguió en sus funciones, el pueblo en sus ocupaciones y ¡cosa rara y hasta inverosímil! el ejército en sus ejercicios. Esta paz de un largo interregno, el primero y el último que hubiera visto el imperio, dice más en favor de Aureliano que todos nuestros elogios. En fin, se reconocía en él al restaurador del imperio, al príncipe que había puesto término á las usurpaciones, pacificado las provincias, devuelto á las legiones el honor de las armas, y á Roma su perdida grandeza.

Por un momento, hubo como un renacimiento de espíritu público y de patriotismo. Avergonzado de no haber sabido preservar ó defender á su glorioso general contra una vulgar conspiración, el ejército se castigó á sí mismo rehusando ejercer el derecho que, al parecer, le estaba reconocido ahora, el derecho de elegir emperador.

El senado recibió con verdadera sorpresa el mensaje siguiente:

(1) Mas arriba hemos visto que Zósimo habla también de conspiraciones, cuya existencia admite.

(2) Suidas, S. V. *Aurel.* Otro nuevo embarazo: Vopisco no da á Aureliano más que una hija.

(3) *Amnestia sub eo delictorum publicorum decreta est* (Vopisco, *Aur.* 39).

«Las bravas y afortunadas legiones, al senado y al pueblo de Roma:

»El crimen de uno solo y el error de muchos nos han arrebatado á nuestro último emperador, Aureliano Augusto. Vosotros, hombres respetables, cuya solicitud paternal dirige el Estado, pondréis este príncipe en el número de los dioses, y designaréis al que juzguéis más digno de la púrpura imperial. Pero ninguno de aquellos cuya maldad ó desgracia haya causado la nuestra, reinará sobre nosotros.»

El padre conscripto á quien su categoría daba el derecho de hablar primero, viejo consular, de nombre Tácito, que pretendía descender del grande historiador, propuso deferir al voto de las legiones en lo que concernía á los honores que se debían tributar al príncipe muerto, y sin demora se decretó su apoteosis; en cuanto á la segunda petición, el prudente senador sabía muy bien, que obedecer sería peligroso para el elegido del senado, acaso para el senado mismo, porque la soldadesca no conservaría mucho tiempo esta actitud de humildad y arrepentimiento. Así pues se dejó la elección al ejército, que se obstinó en su resolución: era todavía una manera de mandar.

Algunos generales patriotas, á quienes por otra parte, tantas exequias imperiales mostraban que la púrpura se trocaba muy luego en sudario, habían determinado esta conducta del ejército y le hicieron perseverar en ella. Todavía menos ambicionaban los senadores tan peligroso honor. El más visible de ellos por su nombre, sus dignidades y riquezas, Tácito, había huido á una de sus quintas de la Campania, después de la sesión del Senado. Pero la orden consular que convocaba á la asamblea para el 25 de setiembre, lo sacó de allí, mal de su grado.

Abierta la sesión, el cónsul Gordiano habló con ciertas

dudas discretas de la perseverante moderación de los soldados: «Demos, dijo, demos un jefe á los ejércitos.» Y añadió con su habitual prudencia: «O aceptarán al que elija el senado, ó nombrarán ellos otro.»

Después representó á la barbarie que ceñía el imperio haciendo esfuerzos para penetrar de nuevo en él; á la Persia, amenazada antes por Aureliano, meditando acaso tomar la ofensiva; á los sirios, raza de genio inquieto y móvil, dispuestos á guiar sus escuadrones á través de las provincias; las fronteras de Egipto y de la Iliria en desasosiego; el Rin abierto á los francos y ciudades florecientes ya saqueadas. «Necesitamos un emperador,» exclamó. Y dirigiéndose á Tácito con todo el senado, añadió: «Y nadie sino tú, debe serlo.»

En vano aquel anciano de setenta y cinco años se excusó con su avanzada edad, con su salud vacilante y su necesidad de reposo. «¡Necesitáis, dijo, un hombre de guerra y me elegís á mí, que apenas puedo ejercer las pacíficas funciones de senador! Temo que me sea fatal la unanimidad de vuestros votos.»

Pero no se le escuchó; veinte ó treinta veces se oyeron las aclamaciones de fórmula, y el acta de aquella sesión, que al parecer de algunos inauguraba una nueva era, se extendió, según uso, en una tablilla de marfil que el nuevo Augusto firmó, con el alma llena de tristes presentimientos.

Era, en efecto, una falta dar este jefe al imperio, y pues, que después del decreto de Galieno, no se podía ya encontrar en el senado un valiente capitán, era preciso ir á buscarlo á los ejércitos. Probo, Caro, Diocleciano, no habían tomado parte en la conspiración contra Aureliano, y el ejército hubiera agradecido que no se tomara á la letra su momentáneo desinterés; que se hubiera aparentado tomarlo en serio, sin hacerle arrepentirse tan pronto. Esto hubiera sido sellar por algún tiempo la reconciliación del orden civil y el orden militar. Pero viviendo lejos de los negocios, en su ociosa grandeza y dorada servidumbre, los senadores habían perdido ya el sentido de la realidad, y nadie les recordaba el día en que la soldadesca arrastraba á las gemonias á Máximo y á Balbino diciendo en son de bafa: «He aquí á los emperadores del senado.» Ahora, inquietos y turbados por el papel político que se les devolvía, habían acabado por recobrar sus antiguas ilusiones y se abandonaban á la pueril alegría de reivindicar un poder que, después de todo, eran incapaces de ejercer y menos de conservar.

El primero de los consulares después de Tácito, Falconio Nicomaco, recordó los males que Roma había sufrido en el reinado de los príncipes demasiado jóvenes, lo que era á la vez una verdad y una lisonja; después dirigiéndose á Tácito, que no tenía hijos menores de edad, le rogó que por si acaso los destinos lo arrebataban pronto á la república, viniera en nombrarse un sucesor, no en su familia, sino en el Estado, «porque no es justo disponer del imperio como si se tratara de una finca.» Quería decir Falconio que era menester fijar la elección en el senado, en cuya opinión estaban todos. «¡Así debe ser! ¡Así lo queremos!» gritaron á una voz los senadores.

Los Padres conscriptos estaban encantados y celebraban y aplaudían el giro que iban tomando las cosas. En el exceso de su alegría y entusiasmo, uno de ellos escribía á un colega menos ardiente: «Sal de tu indolencia; arráncate ya á tu retiro de Bayas ó de Puzolo y entrégate á la ciudad y al senado. Roma florece y con ella toda la república. Demos mil votos de gracias al ejército, que es un verdadero ejército romano. Nuestra justa autoridad, ese objeto de todos nuestros deseos, está por fin restablecida. Nosotros,

los senadores, recibimos las apelaciones, nombramos los emperadores, hacemos los príncipes. ¿No podemos también deshacerlos? Ya me entiendes sin más palabras: *intelligenti pauca* (1).»

Y todos sus colegas repetían esto. Tácito había dicho: «Con vosotros y por vosotros reinaré.» Cuando pidió el consulado para su hermano Floriano, se le objetó que la lista estaba ya cerrada, y él se limitó á contestar: «El senado sabe muy bien qué príncipe ha hecho.» A pesar de su nuevo título, el débil anciano no era para ellos sino el primero de los senadores, y decíase en alta voz que el verdadero príncipe era ahora el senado.

Letras oficiales anunciaron esta restauración de la república romana á las principales ciudades del imperio. Milán, Aquilea, Atenas, Corinto, Tesalónica, Antioquía, Alejandría, Cartago y Tréveris. Nos quedan dos de estas cartas. He aquí la que se dirigió á la capital del Africa romana:

«El venerable senado de Roma á los decuriones de Cartago romana.

»Paz, fortuna y prosperidad á la república y al mundo romano.

»Hemos recobrado el derecho de conferir el imperio, de nombrar el príncipe y su sucesor: á nosotros pues debéis someter todos los negocios importantes. Las apelaciones de los juicios proconsulares y las de todos los tribunales del imperio son de la competencia del prefecto de la ciudad. Vuestra propia autoridad queda restituida en su antiguo estado, pues al recobrar sus derechos, el primer cuerpo del Estado garantiza los derechos de los demás.»

Y se vestían las galas de los días de fiesta y se inmolvaban blancas víctimas para dar gracias á los dioses del recobro de la antigua libertad. Hasta se acuñaron medallas en que se prometía á aquel príncipe, que tenía ya un pie en el sepulcro, celebrar en su honor las *decenalías*. ¡Ah! la elección de Tácito, sus pomposos mensajes y estas vanas promesas fueron el último acto político del senado romano.

Los pretorianos, el pueblo, los ejércitos aceptaron al elegido de los antiguos señores de Roma (2), y los habitantes del imperio le juraron fidelidad. Todo parecía ir á pedir de boca; pero entre tanto, viendo los alanos sin jefe ni defensa el imperio, invadieron el Asia Menor, adonde los siguieron los godos establecidos á orillas del *Palus Maotis*.

Fué preciso que Tácito se hiciera llevar allí. En Tracia se presentó al ejército de Aureliano que debió asombrarse de ver al débil anciano en el lugar en que había visto, durante tanto tiempo, la marcial figura del héroe de la mano de hierro. Así el prefecto del pretorio procuró prevenir el descontento con humildes palabras: «Virtuosísimos camaradas (3), dijo, habéis pedido un príncipe al senado, y la ilustrísima asamblea ha obedecido á vuestro mandato y voluntad. No me es permitido decir más en presencia del emperador que debe velar por nosotros. Escuchadlo con los sentimientos que merece.»

Tácito á su vez fué también muy modesto: supuso haber sido elegido por el ejército y habló de una manera conveniente de su avanzada edad, diciendo que, si bien no le permitía emprender las valerosas hazañas de su predecesor, en cambio le inspiraría prudentes consejos. «Trabajo también era viejo cuando llegó al imperio, añadió, y fué llamado á él por el voto de uno solo. Hoy, por vos-

(1) Vopisco, *Tácit.* 6 y 7; Floro, 6.

(2) Dirigiéndose á los pretorianos, dice Tácito: *Sanctissimi milites*; y hablando á los plebeyos, los llama también *Sacratissimi Quirites*. El énfasis oriental se extendía á todas partes. La Italia moderna conserva aún algo de esto.

(3) *Sanctissimi commilitones* (Vopisco, *Tácit.* 8).

otros, primero, virtuosísimos camaradas, que sabéis apreciar á los príncipes, y por el senado después, se me ha juzgado digno de este título.»

Era imprudente evocar, en medio de aquellos soldados, la gran figura del vencedor de los germanos, de los dacios y de los partos; pero un generoso donativo, que Tácito dió de su peculio, hizo encontrar elocuente su discurso.

Los bárbaros entendían haber sido llamados por el último príncipe á título de auxiliares contra la Persia; y no recibiendo el sueldo prometido para una expedición que no se había emprendido, se pagaban por sus propias manos con el pillaje del Ponto, de Galacia y Capadocia. Audaces aventureros penetraban hasta la Cilicia y apenas hacía algunos meses que había muerto Aureliano! ¿Qué vigilancia de todos los momentos no era menester para atajar á todos aquellos bandidos que pululaban y rebullían al rededor del imperio, y habían aprendido todos los caminos en los tristes tiempos de Galieno?

Tácito negoció, pagó y expulsó á su país buena parte de estos bárbaros; los demás cayeron al filo de la espada de sus soldados. Pero estos estaban ya cansados de su prudencia, y mataron á un deudo del emperador, á quien Tácito había encargado del gobierno de la Siria, y luego, por temor del castigo, al mismo emperador. Seis meses de reinado y un caudal enorme disipado en gratificaciones al ejército ó abandonado al Estado: he aquí lo que la elección senatorial había costado á Tácito y á los suyos.

Era Tácito hombre de recto corazón y alma piadosa: nunca dejó de hacer servir en su casa la carne de las víctimas, especie de comunión con el dios, á quien se había ofrecido el sacrificio. Castigó á algunos de los asesinos de su predecesor, y no se le pueden negar las mejores intenciones.

Su biógrafo le atribuye muchos rescriptos y ordenanzas; pero no tuvo tiempo ni fuerzas para hacer brotar de sus



M. ANNI (IUS) FLORIANVS, coronado de laurel (Medallón de bronce).

disposiciones, efectos útiles al Estado. Le debemos, sin embargo, gratitud particular: hizo poner los libros de Tácito en todas las bibliotecas públicas, y ordenó que todos los años se sacaran de ellos diez copias. Multiplicando así los *Anales* y las *Historias* aumentó para nosotros las probabilidades de que se salvaran; y si no puede afirmarse que el único manuscrito que ha hecho vivir la obra del grande escritor provenga de una de aquellas copias, posible es que sin ellas hubiéramos perdido la trágica historia de los *Césares* (1).

Tácito había nombrado prefecto del pretorio á su hermano M. Anio Floriano, el cual hizo que lo proclamaran los soldados, deseosos ellos también de no dar tiempo al senado para hacer una nueva elección. Pero el ejército de Oriente tenía entonces un valeroso capitán, cuyos servicios se habían adelantado siempre á los honores: era Probo. A la noticia de la muerte de Tácito, sus soldados lo proclamaron emperador y los de Floriano se desembarazaron, en Tarso, del príncipe que ellos mismos habían nombrado (principios de julio, 276). Había reinado tres meses.

(1) Hay dos, los *Mediceos*, que ciertos críticos han creído que provienen de un mismo original, hoy perdido.

En sus dominios, cerca de Interamna, se erigió á los dos hermanos un sepulcro con estatuas de 30 pies de altura.

Para consolar sin duda á sus descendientes, á quienes estos nueve meses de reinado habían privado de los jefes de su casa y reducido á la pobreza, algún amigo del senado hizo correr esta profecía recogida por Vopisco: «Dentro de mil años, un poderoso monarca de la sangre de Tácito, después de un reinado glorioso devolverá á los Padres conscriptos su autoridad, y verdadero hijo de la antigua Roma, vivirá sujeto á las vicisitudes y buenas costumbres del país.»



El emperador Probo laureado, armado con un asta y un escudo (Medallón de bronce).

«No creo, añade modestamente Vopisco, que mi libro dure bastante para que se pueda leer esta predicción en el momento de cumplirse ó perderse entre las fábulas.» Vopisco se engañaba: su libro ha vivido bastante más tiempo sin merecerlo mucho; pero el vengador del senado jamás se presentó.

II.—PROBO.

(Julio 276.—Set. ú oct. 282.)

Los principados de Tácito y de Floriano no habían sido más que la continuación del interregno. El verdadero sucesor de Aureliano fué un compatriota suyo y mejor amigo y compañero de armas, M. Aurelio Probo (2). Ya lo conocemos: dos cartas de Valeriano, sacadas de los archivos imperiales, prueban la estimación que había sabido inspirar á este príncipe, á uno de cuyos deudos, que los cuades llevaban cautivo, salvó por sus propias manos. «En virtud de la opinión que siempre he tenido del joven Probo y por testimonio de los más honorables ciudadanos, que le dan el calificativo de su mismo nombre *probo*, he venido en nombrarlo tribuno, contraviniendo á la constitución del divino Adriano, y en confiarle seis cohortes de sarracenos, los auxiliares galos y la tropa de persas que nos ha traído el sirio Artabases.»

Aureliano y Tácito habían tenido en él la misma confianza. El primero le escribía: «Para probarte la estimación en que tengo tus méritos, te confío mis decumanos, que yo mismo recibí de Claudio. Por una especie de feliz prerrogativa, este cuerpo sólo ha tenido por jefes futuros emperadores.»

Y el segundo le decía á su vez: «El senado me ha nombrado emperador; pero has de saber que la mayor parte de este grave peso descansará sobre tus hombros. Todos sabemos lo que vales: ayúdanos pues en nuestras necesidades. Te he dado el mando del ejército de Oriente, he quintuplicado tus honorarios, doblado tus condecoraciones militares y compartirás conmigo el consulado del próximo año.»

(2) Había nacido en Sirmio (Vopisco, *Prob.* 3). Aurelio Víctor (*Epist.* 37) lo supone dálmata. Su padre había sido centurión, y después tribuno. Una de sus monedas tiene la inscripción: *Origini Aug.* con la loba, *lupa gemellos lactans*; de donde se colige, que se suponía de origen romano (Eckhel, t. VII, p. 505).